

# LAS CHICAS DEL FERRY



# LAS CHICAS DEL FERRY

Lone Theils

Traducción de Rodrigo Crespo Arce



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: Pigerne Fra Englandibåden

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados

Diseño de la colección: Pepe Far

Primera edición: octubre de 2017

© Lone Theils, 2015

© de la traducción: Rodrigo Crespo, 2017

Firts published by Lindhardt & Ringhof, Denmark.

Published by arrangement with Nordin Agency AB, Sweden

© de la presente edición: Edhasa, 2017

Diputación, 262, 2ª 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

## **DANISH ARTS FOUNDATION**

Esta traducción ha sido realizada con la ayuda del Literature Committee  
off The Danish Arts Council

ISBN: 978-84-350-1098-6

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares  
del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total  
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía  
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares  
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra,  
o consulte la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B. 7110-2017

Impreso en España

## CAPÍTULO 1

**A**quel hombre medio calvo se parecía a un maestro de escuela africano cualquiera de mediana edad. Llevaba un pantalón de color gris claro y una camisa blanca recién planchada. En silencio y sistemáticamente, vertía Earl Grey en tazas de porcelana decoradas con flores. Cuando se inclinó sobre la mesa de pequeños y desgastados azulejos para servirle leche, Nora percibió un ligero aroma a aceite de almendra y detergente. El hombre puso dos azucarillos en su té y lo revolvió una sola vez. A continuación, comenzó con su informe sobre ejecuciones, violaciones, mutilaciones y asesinatos.

La narración de los horribles ataques en los que había participado fue calando en la mente de Nora. Cada atrocidad superaba a la anterior. Escolares que asistían a la violación múltiple de su profesora, antes de ser asesinados a machetazos; pueblos enteros masacrados hasta que el agotamiento impedía a los asesinos levantar el brazo; supervivientes que eran obligados a permanecer entre los cadáveres, para continuar al día siguiente con los asesinatos...

El hombre, que por su propia seguridad sólo aparecería en su relato como Mr. Benn, continuó hablando con una voz monótona.

Nora aferró su taza. Sentía un irrefrenable impulso de bañar la cara de ese hombre con aquel té hirviendo, para ver una reacción, un atisbo de humanidad en ese rostro inexpressivo, algún sentimiento, una leve señal de arrepentimiento.

Se contuvo. Nora Sand, corresponsal del semanario *Globalt*, no trabaja así. Escucha, recoge información y escribe. Es una profesional.

—Sólo tengo una pregunta más —dijo con voz neutra.

Él la observó con una mirada que hacía mucho tiempo que había dejado de ser humana.

—¿Sí?

—¿Por qué? ¿Por qué lo hizo?

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué no? No se merecían otra cosa. Eran simples cucarachas, y había que hacer limpieza en la cocina.

Nora tembló ligeramente. Buscó a tientas el botón de la grabadora, la apagó y se puso de pie con cierta brusquedad.

Pete, que había permanecido sentado en una mesa apartada, se levantó también, cambió el objetivo de su cámara y comenzó su trabajo.

Fotos en sombra del hombre que se hacía llamar Mr. Benn: de su rostro desenfocado, primeros planos de sus manos oscuras... Aunque las manos de ese hombre estaban limpias y las uñas aseadas, Nora se convenció de que aún podía ver manchas de sangre reseca en ellas.

Eran fotografías de una persona que ahora estaba en libertad porque había decidido delatar a los que estaban más arriba en la cadena de mando. Mr. Benn se había colado en el sistema de asilo británico, y ahora esperaba vivir una pacífica vida en una ciudad costera del sur de Inglaterra, en la que el mayor acontecimiento probablemente era el carnaval anual. Nora sintió náuseas y salió de allí a grandes zancadas.

Pete salió tras ella, y Nora sacó las llaves del coche y se las arrojó. Él las cogió al vuelo.

—Conduces tú. Estoy destrozada —dijo hundiéndose en el asiento delantero del viejo Ford Mondeo de Pete.

Pete levantó las cejas.

—Bastante fuerte, ¿no?

Era un hombre de pocas palabras, pero que caían con fuerza y con un inconfundible acento australiano.

Nora quería decir muchas cosas, pero las palabras parecían atascarse en su garganta.

—Hay límites que uno no puede...

Pete guardó la bolsa con su equipo fotográfico en el maletero, y arrancó sin decir nada. En lugar de volver a Londres por la autopista, se decidió por la carretera de la costa.

Nora no necesitaba decir nada más. Habían trabajado juntos desde su llegada a Londres como periodista totalmente novata, hacía ya cinco años. Después de múltiples trabajos y viajes juntos, desde África hasta Europa del Este, no necesitaban de muchas palabras para entenderse.

El sol arrojaba sus últimos restos de pálida luz sobre el campo, cuando se desviaron hacia el pequeño pueblo de pescadores de Brine y aparcaron detrás del *pub* local.

Nora se estremeció y se subió el cuello del abrigo hasta las orejas.

Bajaron hasta la playa, donde la superficie gris del agua se fundía con un cielo perlado. La brisa marina les helaba las mejillas, y después de media hora de paseo Nora empezó a sentir que la rabia iba saliendo lentamente de su cuerpo. O mejor dicho, que había sido aislada, transformada a un tamaño manejable y almacenada en un lugar oscuro en su interior, en un estante junto a otras historias del mismo contenido y calibre.

—Ven, volvamos al pueblo —propuso Pete—. El pescado es bueno por esta zona, una vez estuve por aquí con Caroline.

Nora distinguió en su tono un leve rastro de tristeza, como siempre que hablaba del amor de su vida. Caroline hacía ya mucho tiempo que había vuelto a Melbourne, y se había casado con un cirujano.

Deambularon por las estrechas callejuelas, que estaban inquietantemente vacías. Se acercaba ya la temporada turística, pero entre semana aquel pueblo no solía tener muchos visitantes.

—¡Eh, espera un momento! —exclamó Nora.

Se había detenido frente a una tienda que destacaba entre el revoltijo de colores de los talleres de cerámica y las tiendas de *delicatessen* con pescado ahumado. La fachada estaba desconchada y las ventanas sucias, pero en el escaparate Nora había visto una maleta de cuero desgastado marrón oscuro que encajaría perfectamente en la colección que tenía en casa.

Empujó la puerta y, para su sorpresa, estaba abierta.

Al entrar, percibió enseguida el olor del polvo enmohecido de los libros y demás objetos que había allí. La estancia estaba tan repleta que uno tenía la sensación de que las paredes acabarían agrietándose si se intentara meter en ella un simple pisapapeles más. En un rincón, había altas pilas de libros encuadernados en piel, y a su lado estanterías repletas de cristalerías y vajillas incompletas.

Los escasos huecos entre los estantes estaban llenos de pequeños cuadros y pinturas de diferente calidad, casi todos ellos de motivos marineros.

En la trastienda, un ronco Glenn Miller se disponía lentamente a dejar de estar *In the Mood*. Detrás del mostrador, había un hombre con una enorme barba roja tarareando la canción, mientras pulía un candelabro de bronce.

—Bienvenida —dijo sonriendo.

Nora le devolvió la sonrisa y dio una vuelta rápida por la tienda. Cogió un pequeño plato para la mantequilla con

forma de almeja plateada, pero se dirigió rápidamente a la maleta que había visto en el escaparate.

—¿Puedo verla? —preguntó señalándola.

El hombre salió de su puesto detrás del mostrador. Era corpulento, pero se movía con sorprendente agilidad mientras zigzagueaba entre viejos muebles y pertenencias desvencijadas.

Desplazó una cajita de latón y una pila de discos de vinilo, y sacó la maleta del escaparate.

—Prácticamente acaba de llegar, creo que la conseguí la semana pasada. Y está en excelente estado —dijo el comerciante.

Nora la cogió y la examinó. Piel genuina, marrón oscura, rayada. Brillo de un desgaste correcto.

—¿Cuánto pide por ella? —preguntó distraídamente.

—¡Hum! Bueno... —masculló el hombre, entrecerrando los ojos—. ¿Digamos cincuenta libras?

Nora torció el gesto.

—Yo había pensado más bien en algo así como veinte.

—Es de cuero —respondió él.

Nora intentó abrirla, pero el pestillo metálico no se movió y ella frunció el ceño.

—Parece que está atascado...

El hombre se encogió de hombros.

—Bueno, no es nada que no se pueda resolver con una horquilla y un poco de maña —argumentó.

—Sí, pero dentro puede haber cualquier cosa. Incluso puede estar podrida.

El hombre tomó la maleta y la agitó. Se oyó un sonido apagado.

—Como mucho hay algunos papeles. Mire, si se la queda ahora por cuarenta libras, le regalo el contenido. ¡Y sin verlo! Quién sabe, tal vez haya un billete de lotería premiado... ¡Menuda oportunidad!



Tres minutos más tarde, Nora salía de la tienda con treinta libras menos y una maleta en la mano.

—No tienes remedio —dijo Pete entrecerrando los ojos.

—Sí, sí. Pero, admítelo, es perfecta para el hueco que tengo debajo de la mesa del salón, al lado del cofre.

Pete movió la cabeza y tiró de ella colina arriba.

Cenaron platija fresca a la brasa con puré de guisantes y patatas fritas cortadas a mano. Cuando por fin volvieron al coche, Pete puso a los Eagles en el reproductor y tecleó «a casa» en la pantalla del GPS. Nora ya se había recuperado lo suficiente como para comenzar a esbozar en su cabeza el artículo sobre el maestro de escuela de Ruanda.

Cuando Pete la dejó frente a su apartamento, en Belsize Park, estaba muerta de cansancio y apenas pudo cruzar la puerta, cepillarse los dientes y dejarse caer en la cama.

## CAPÍTULO 2

**L**as campanadas del Big Ben resonaron en el apartamento. Era el tono especial que Nora le había asignado en el móvil a su jefe, Óscar Krebs, que la llamaba desde Dinamarca. Lo apodaban coloquialmente El Cangrejo, porque era capaz de encontrar el punto débil de cualquier historia y agarrarse a él con sus pinzas hasta que el relato se partía por la mitad, o hasta que el periodista se presentaba con una investigación más elaborada. Al menos ésa era su propia versión. Otros en la redacción afirmaban que el nombre era especialmente adecuado por el color rojizo que adquiriría su rostro cuando estaba estresado.

Nora respetaba su manía de comprobar dos y hasta tres veces todos los artículos antes de que llegaran a las páginas del *Globalt*. Sin embargo, no soportaba la recalcitrante incapacidad de El Cangrejo para comprender el concepto de «Greenwich mean time». Una cosa era olvidar que ella, al vivir en Londres, iba una hora por detrás, y otra muy distinta insistir en que iba una hora por delante. Después de haber tratado de explicárselo en varias ocasiones, Nora comprendió que hay cosas en este mundo que no se pueden enseñar a los jefes.

—¡Bueno, llevarás ya de pie varias horas! —soltó El Cangrejo con frescura mañanera.

Nora miró el despertador de la mesilla. Eran las seis y media en el Reino Unido. Sacó las piernas por el borde de la cama.

—¡Humfrhum!

—Estupendo, ¿cuándo puedes entregar lo de Ruanda? Te esperamos para la página siete y la necesitamos a primera hora de la tarde.

Murmuró que hacia las dos, «hora danesa», colgó y se tambaleó hasta la única habitación auténtica del apartamento, en la que había conseguido instalar una especie de sala de estar, oficina, biblioteca y zona para cocinar. Aún medio dormida, llevó a cabo sus habituales rutinas de la mañana: encendió el ordenador y el televisor, puso las noticias de la BBC News 24, preparó agua para el café, se dirigió arrastrando los pies hacia el diminuto cuarto de baño...

Y aquí se interrumpió de golpe la rutina, porque de pronto tropezó con algo y se encontró en el suelo de la entrada, cuan larga era. Se incorporó de inmediato, un tanto desconcertada, y vio que el objeto que la había hecho caer era la vieja maleta que acababa de comprar. Sólo entonces recordó que la había dejado junto a la puerta cuando llegó a altas horas de la noche anterior. El cierre se había abierto, y de la boca abierta de la maleta salían un montón de fotos Polaroid. Nora se sentó en el suelo y abrió la maleta del todo.

Tomó algunas de las fotos, y vio que todas eran de chicas jóvenes, adolescentes. Chicas solas apoyadas contra una pared o un muro, en una posición que variaba muy poco. Todas miraban directamente al fotógrafo.

Algunas de ellas coqueteaban abiertamente con la cámara y sonreían. Otras miraban hacia el objetivo con timidez, un tanto incómodas con la situación. Al observar con más atención los peinados y la ropa, concluyó que algunas de aquellas instantáneas habían sido tomadas en algún mo-

mento de la década de 1980, por los pantalones Hammer, la gomina y las camisetas Ball, y otras en la de los noventa, con U2 en una de las camisetas.

Aquellas imágenes eran probablemente de un fotógrafo aficionado. Por lo que había aprendido yendo arriba y abajo con Pete, no se trataba de sesiones llevadas a cabo por un profesional, sino de una graciosa muestra de los primeros intentos por aprender el difícil arte de la fotografía. Sin duda el autor era un hombre fascinado por las mujeres jóvenes, aunque obviamente nunca había estudiado nada sobre elección de temas o iluminación, y por supuesto tampoco mostraba ningún indicio de talento artístico. Nora se encogió de hombros, y ya estaba a punto de devolverlas a la maleta cuando una imagen, diferente de las otras, captó su atención.

Dos chicas de pie en la misma foto. Una rubia sonriente, un poco gordita, pero guapa, y junto a ella una chica delgada de pelo oscuro, que miraba de soslayo hacia el fotógrafo. Era verano y llevaban pantalones cortos. Ambas estaban sobre un fondo blanco, al parecer de metal. Por la camiseta de una de las chicas, desgastada tras muchos lavados y con la leyenda «Feed the World», la imagen debió de ser tomada uno o dos años después del concierto Live Aid, de 1984.

Sin embargo, no era la camiseta lo que había llamado su atención, sino lo que había detrás de las dos chicas: una gran flecha roja y un texto en danés, «cubierta para vehículos 2». Por lo visto, había sido tomada en un ferri.

Apartó la foto y fue al baño, se cepilló los dientes, se lavó la cara y se echó un poco de agua en el pelo. Se preparó una taza de Nescafé bien cargada, le dio un toque de color con un chorrillo de leche, se sentó al ordenador y encendió la grabadora.

La voz impasible de Mr. Benn resonó en la habitación, y en las siguientes horas sólo existieron en la vida de Nora él y sus horrores. Sus dedos bailaban sobre el teclado.

Nora había entregado ya el artículo y esperaba la respuesta mientras ordenaba con aire ausente los papeles de su escritorio. Comprobó la nevera, y se preguntó si no debería hacer una excursión al Whole Foods de Kensington para hacerse con algo comestible. Le encantaba pasarse las horas en las tres plantas de comida exquisita, y siempre llegaba a casa con la cartera vacía y cargando con un par de bolsas llenas de queso de cabra italiano, galletas de espelta, grosellas ecológicas o pastel de queso de la panadería.

Sin embargo, no parecía que hoy fuera a ser así.

Había algo en aquella imagen de las dos chicas en el ferri que le molestaba, igual que cuando se miran viejas fotos de soldados en las que aparecen jóvenes de amplias sonrisas que se creen inmortales, y que en realidad ya sólo existen en forma de letras grabadas en un monumento de granito cubierto de musgo en Normandía.

Trató de desechar la sensación de tragedia. Las dos chicas de la foto estarían sin duda bien casadas y divorciadas, y se habrían olvidado de aquel viaje en ferri que probablemente había tenido lugar varias décadas atrás.

Aun así, volvió a coger la foto de las dos chicas. Una morena y una rubia. A pesar de la sonrisa, la mirada de esta última era dura y desafiante, como si estuviera retando a quien fuera que estuviese detrás del objetivo: ¿qué demonios quieres? La de la chica del pelo oscuro era avergonzada. La cabeza inclinada y los ojos ligeramente vueltos hacia abajo, como si sólo se atreviera a mirar indirectamente al fotógrafo.

Le dio la vuelta a la foto. Nada en la parte posterior... De pronto, el silbido ronco del interfono interrumpió sus pensamientos.

—¿Sí? —dijo vacilante.

–Sí, buenos días..., somos de la policía. Nos han informado de una riña doméstica en este domicilio...

La voz de la persona al otro lado de la línea tenía un marcado acento del norte de Jutlandia.

¡Vaya, había olvidado por completo que había quedado con Andreas para ir a comer!

Se conocían desde hacía mucho tiempo, y habían sido muy amigos ya en el instituto. Sin embargo, en una de las últimas fiestas a las que habían asistido, Andreas se pasó con la bebida y le declaró su gran e insatisfecho amor. Cuando Nora le dijo que no le correspondía y le pidió que mantuviesen su amistad, él no reaccionó muy bien, y durante las últimas semanas del curso, antes de graduarse, la evitó por completo. Poco después de eso, Nora viajó a Inglaterra para disfrutar de un año sabático, y Andreas fue admitido en la Academia de Policía. Desde entonces, él había ido ascendiendo hasta conseguir ser admitido en la brigada criminal. Nora le había seguido la pista desde la distancia. Ahora, el tiempo había sanado el orgullo herido de Andreas, al menos aparentemente. La había localizado en Facebook, y le envió un mensaje en el que le decía que iba a estar en Londres durante unas semanas, para asistir a un curso especial sobre células terroristas en Scotland Yard.

Nora consultó su agenda, que estaba enterrada bajo un ejemplar de hacía varios días del *The Guardian*, un informe de la Organización Mundial de la Salud sobre la pobreza infantil y un artículo sobre la inmigración recortado del *The Economist*, que por cierto había estado buscando sin éxito.

Allí estaba, en efecto: «Andreas, almuerzo a las 13:30».

–¿Qué hay de lo mío? –insistió la voz a través del interfono.

Nora se dio cuenta de que aún no había contestado:

–Sí, claro..., perdona, Andreas. Sube. Estoy lista en un minuto.

Los hombros marcados y el pelo de color amarillo maíz sobre aquellos ojos castaños eran exactamente como los recordaba. Y, sin embargo, pudo observar con claridad que los años habían dejado huellas en el rostro de Andreas. Había madurado.

Al verla, el joven policía abrió los brazos sin decir una palabra, y su enormidad engulló a Nora.

–Sigues estando tan guapa como una sirena –dijo con su habitual media sonrisa.

Nora parpadeó ligeramente.

–Al menos no te has dejado el prescriptivo bigote policial. Hubiera sido demasiado para mí. –Hizo un gesto con la mano invitándolo a entrar en el apartamento, que parecía más microscópico aún con un policía musculoso y de casi dos metros en su interior–. Llevo trabajando toda la mañana. Me doy una ducha y salimos enseguida. ¿Te apetece un café mientras esperas?

–¿Qué quieres decir? ¿Entonces no vas a venir a comer vestida con un kimono oriental? ¿No te estarás volviendo aburrida en tu vejez? –replicó Andreas con una sonrisa y mirando a su alrededor con curiosidad.

Nora se hizo la ofendida, señaló el calentador de agua para el café y levantó la cabeza.

–Agua, café y leche en la nevera. Me voy.

Dejó que el agua caliente de la ducha cayera sobre su cuerpo, mientras se preguntaba adónde llevaría a Andreas. Estaba el Honey Bee de la esquina, un café ecológico, aunque también podrían ir al pequeño bar de tapas junto al metro... Descartó enseguida ambas opciones. Demasiado alternativo para un jutlandés del norte como él. Finalmente, se decidió por el pequeño turco que había detrás del supermercado.

Se secó el pelo y se puso rápidamente una camiseta blanca casi sin usar, unos vaqueros negros y sandalias. Con una línea en torno a sus ojos verdeazulados y un poco de brillo de labios, estaba casi lista para salir a comer con estilo.

Cuando entró en la habitación, Andreas estaba sentado con un café en una mano y la foto de las chicas en la otra.

—¿Alguna historia sobre la que estás escribiendo?

Nora negó con la cabeza.

—Ayer compré una vieja maleta, y esa foto estaba en un sobre que apareció en el forro.—Señaló la maleta, que todavía estaba en el suelo de la entrada—. Aún no sé muy bien por qué, pero hay algo en esa fotografía que me intriga. Y me fastidia no saber qué pasa. Tengo la sensación de que debería saber de qué se trata...

Andreas entrecerró los ojos.

—Parece como si una de las chicas tuviera un brazalete. ¿Tienes una lupa?

Nora revolvió unos cajones y encontró una lente de aumento entre un montón de clips, lápices de colores y cargadores viejos de móvil que no había llegado a tirar.

Le quitó la foto de las manos. Efectivamente, se podía ver un brazalete de esos hechos con cuentas de letras en la muñeca de una de las chicas. Estaba desenfocado, pero Nora creyó leer una «L»... ¿Y tal vez un «E» o una «I»?

¿Lene? ¿Line? ¿Lisette? ¿Lea? Ninguno de aquellos posibles nombres la ayudaba a entender lo que le intrigaba de aquella imagen. Tal vez había algo en aquel ferri que le resultaba familiar...

Andreas interrumpió sus pensamientos.

—Yo no sé tú, pero en mi caso ni siquiera he llegado a desayunar, así que ¿qué hay de lo mío? ¿Podré comer algo hoy o qué?



Poco después, se sentaban en casa de Abdul, y Andreas sorprendió a Nora pidiendo, con total familiaridad, la comida del menú: *Köfte*, *cacik* y *pide*... Incluso le dijo «tesekkur» a Abdul, que mostró su mejor sonrisa para la ocasión.

Nora enarcó las cejas.

—¿Qué? —comentó Andreas secamente al ver su expresión—. ¿Acaso crees que no hay vuelos internacionales desde Aalborg?

—Lo siento. Simplemente, te recordaba más como un hombre de patatas fritas con mayonesa. Sólo para la lasaña tuve que insistir horas y horas... —explicó ella con una tímida sonrisa.

—Bueno, la gente cambia, ¿no? —respondió encogiéndose de hombros.

Abdul trajo una jarra de agua helada, y los pensamientos de Nora volvieron a revolotear en torno a la imagen de las dos chicas.

—Hay algo en esa foto que sigue inquietándome. Incluso creo que conozco a esas chicas... —comenzó.

Andreas asintió.

—Yo tengo la misma sensación.

—Vale. Dos chicas. El nombre de una de ellas empieza con «L». O tal vez tenía un novio cuyo nombre comenzaba con «L». ¿En un ferri? ¿Lise en el barco? ¿Line? ¿Lis...?

Y de pronto, justo cuando Abdul puso en la mesa una cesta de plástico rojo con pan turco caliente, las piezas encajaron.

—¡Lisbeth! —exclamó Nora dándose una palmada en la frente—. ¡Maldita sea, Andreas, es Lisbeth! «L» de Lisbeth. ¿No recuerdas el caso? Las chicas del ferri de Inglaterra.

Era uno de esos casos que aparecían de forma recurrente en los documentales, y Nora podía recordar que la última primavera, cuando estuvo en Dinamarca en la casa de campo

de Trine, después de la comida de Pascua, había visto, sin prestar mucha atención, los últimos cinco minutos de un programa que, una vez más, hablaba del misterioso paradero de Lisbeth y de la otra chica, de la que Nora no podía recordar el nombre.

Andreas asintió mientras cogía una rebanada de pan y se la metía en la boca.

—Sí, algo recuerdo.

Nora estrujó su cerebro para acordarse de los pormenores del caso.

—Era algo así como que desaparecieron del ferri y nunca se volvió a saber de ellas.

Andreas se encogió de hombros.

—Es un caso antiguo. Probablemente esas chicas estarán ahora en el fondo del mar, y no creo que las encuentren nunca... De hecho, si no recuerdo mal, creo que mi tío Svend trabaja con uno que en su día estuvo investigando el caso.

Llegó la comida y no dijeron nada más mientras se llenaban los platos. Después de estar un rato comiendo, Nora no pudo aguantar más.

—¿No podrías llamar a tu tío? Tengo que saberlo ya.

Andreas se echó hacia atrás y la miró con los ojos entrecerrados.

—Supongo que puedes esperar a que haya terminado de comer, ¿no?

—¡Venga! Voy pidiendo el café —dijo con entusiasmo, con la intención de animarlo.

Con un leve resoplido, Andreas sacó su móvil.

Nora le hizo un gesto a Abdul y le señaló el café, mientras Andreas localizaba a su tío.

Cuando llegó el café en una pequeña olla de cobre, con vasitos a su lado y dos pedacitos de dulce turco cuidadosamente colocados en una servilleta blanca de encaje, Andreas

terminaba ya de hablar con su tío. Nora sirvió café en los dos vasos. Tomó un sorbo del suyo y puso un terrón de azúcar para quitar algo de amargura: era un café muy cargado. Andreas cerró la conversación con su tío Svend:

–Bueno, recuerdos para Annika.

Al colgar, sin embargo, se tomó su tiempo. Primero bebió un sorbo de café, hizo una mueca y se puso azúcar. Nora lo miraba ansiosa.

–Venga. Suéltalo.

–Bueno, no está mal. Mi tío trabaja con Karl Stark, que era un joven agente en Esbjerg cuando las chicas desaparecieron. Al parecer, nunca ha dejado el caso del todo.

–Perfecto. ¿Qué es lo que pasó?

–Mi tío se ha acordado enseguida: dos chicas que desaparecieron de una residencia para jóvenes con problemas a las afueras de Ringkøbing. Por lo visto, el grupo estaba formado por ocho jóvenes y tres adultos. Iban a pasar tres días en Londres, pero en el viaje en ferri Lisbeth y Lulú desaparecieron sin dejar rastro. Como si se las hubiera tragado la tierra. O el mar, en este caso. Nunca dieron con ellas. La mochila negra de Lisbeth que encontraron en cubierta es la única pista...

–¡Es verdad! La segunda se llamaba Lulú –lo interrumpió Nora.

–El año pasado sacaron la historia en el programa *Sin resolver*, seguramente haya sido ése el documental del que viste los últimos minutos –dijo Andreas.

Nora se quedó pensativa unos instantes.

–Ya... ¿Sigue viviendo en Esbjerg tu tío?

–No, ha encontrado el amor de su vida, Annika, y se ha ido a vivir con ella a una casita, en Dragør. Ahora trabaja en la Brigada Criminal en Copenhague, igual que Karl Stark. ¿Quieres que le pida su número a mi tío?

Nora asintió.

—Sí, por favor.

Sin que se lo pidiesen, Abdul vino con más café, y le hizo un guiño a Nora cuando ella le lanzó una mirada interrogante.

—Día especial hoy, señorita Nora. Es estupendo verla sin el estrés del teléfono móvil, y no para pedir comida para llevársela a su escritorio —se rio.

Andreas movió la cabeza sonriendo.

—Algunas cosas nunca cambian. ¿O sí? —dijo.

Entonces se lanzaron a la inevitable conversación sobre quién había hecho qué. ¿Qué había sido de Ole, Klaus y Rita La Roja, quién se había casado y quiénes se habían hecho amas y amos de casa o quiénes habían hecho carrera?

—¿Y tú qué? —preguntó Nora con tiento, una vez que Andreas terminó con el informe de divorcios y empleados públicos, y que le explicara que una pareja de antiguos compañeros de clase habían tenido gemelos.

Evidentemente, ya había comprobado su perfil en Facebook en cuanto se había puesto en contacto con ella, pero la información era escasa. No indicaba su condición de casado o soltero. Lo único que había podido constatar, a partir de los grupos de los que era miembro, era que probablemente todavía practicaba triatlón y que no había perdido su entusiasmo por los Monty Python y el Chelsea.

—Eso, ¿y yo? —repitió Andreas.

En ese momento, sonó el teléfono. Era El Cangrejo.

—Oye, es un artículo condenadamente bueno. Pero me gustaría que le dieras algunas vueltas. Creo que va a ser demasiado fácil reconocer a ese tipo con la información geográfica que ofreces, así que difumínala un poco. Y además hay que recortar el tercer párrafo. Se repite. Te lo reenvío ahora. Tienes media hora. Hasta luego.

Antes de que pudiera responder, ya había colgado.

Nora sacó un billete de veinte libras del monedero y lo puso sobre la mesa.

—Lo siento, más trabajo —explicó.

Andreas no dijo nada, y Nora trató de ablandarlo:

—¿Cuánto tiempo te quedas?

Al menos recibió la recompensa de una de sus sonrisas a medias:

—¡Anda, lárgate ya! Nos llamamos.

### CAPÍTULO 3

**N**ora se despertó con la fanfarria de trompeta que indicaba que el avión de la compañía de bajo coste estaba a punto de felicitarse por haber llegado a tiempo al aeropuerto de Copenhague.

Era uno de esos habituales viajes terroríficos que suponían tener que levantarse antes de las cuatro de la mañana para llegar al aeropuerto a tiempo, por lo que se había vuelto a dormir antes incluso de que el avión se hubiese puesto a la cola para el despegue en la pista de Stansted.

El libro que había pensado leer durante el trayecto (un ambicioso caso sobre los conflictos de petróleo en África) estaba sin abrir en su regazo; lo guardó de nuevo en el bolso, antes de levantarse para desembarcar.

Allí estaba él, en la puerta de llegadas, agitando un vaso de papel de Starbucks con toda su fuerza y vigor, como si ella no hubiese localizado inmediatamente su traje verde oscuro. Nadie más, que ella supiese, llevaba chaleco, y desde luego no en junio. Una sonrisa le cubrió el rostro, que mostraba en parte una barba gris. Christian Sand, destacado historiador especializado en el siglo XVII danés, y el motivo por el cual el nombre completo de Nora en el pasaporte fuera nada menos que Leonora Christine Sand.

—Papá. No tenías por qué venir a buscarme.

—No me importa. De todas formas, tengo unos días libres antes de asistir a una conferencia en Estocolmo la próxima semana. Estoy trabajando en un nuevo estudio sobre la fuga de Hammershus —explicó animado, mientras cogía la maleta de Nora.

Se dirigieron a su casa en Bagsvaerd, en el pequeño Fiat Punto verde guisante que había llevado a su padre de acá para allá durante al menos una década. En realidad, había sido de su madre, pero después de que ella los abandonara Christian conservó el coche como recuerdo sentimental de casi veinte años de matrimonio esencialmente feliz.

Sin duda la casa olía a su padre. A libros polvorientos, tabaco de pipa, cuero y pan de centeno fermentado en frío en una gran vasija de barro en la despensa. Christian se dirigió a la cocina a preparar un café mientras Nora arrojaba la maleta en la habitación del primer piso. Su vieja cama de madera decapada estaba exactamente donde solía, incluso los carteles de Tintín seguían allí colgados. Tal vez algún día algo podría hacer que Christian Sand se interesara por la decoración de interiores y la modernización, pero a bote pronto Nora era incapaz de imaginarse qué podría hacerlo cambiar hasta ese punto.

Sacó el vestido de lunares, y lo colgó en una percha para que tuviese tiempo a alisarse antes del día siguiente por la noche.

—La fiesta empieza a las cinco en punto. Pasaremos por casa de tía Ellen un poco antes, y los llevaremos a ella y al tío Jens al restaurante —explicó su padre—. David no vendrá. Se ha ido a la parcela. No le apetece estar con toda esa gente —añadió con un leve suspiro.

No era ninguna sorpresa. Su superdotado hermano mayor nunca había sido diagnosticado oficialmente como au-

tista, pero, por lo que Nora había podido leer, padecía algún tipo de trastorno de ese tipo.

Su trabajo como analista para una importante compañía de seguros hacía pleno uso de su inmenso talento para las matemáticas, y al mismo tiempo le daba la oportunidad de poder trabajar a menudo desde casa y evitar en lo posible el contacto con todas esas personas molestas y frustrantes de las que el mundo estaba inmensamente poblado.

Cuando tenía un buen día, no era más que un poco introvertido y tímido. En los malos estaba totalmente ausente. A David se lo veía según las condiciones del propio David, o no se lo veía.

—Bueno, va a ser una gran fiesta, papá. ¿Tienes preparado el discurso?

Su padre asintió.

Nora se había alegrado ante la posibilidad de ver de nuevo a su tía favorita de Kalundborg, y había hecho todo lo posible para disponer de unos días y poder estar en la fiesta de su septuagésimo cumpleaños.

—Está bien, pero pásate por la redacción cuando estés por la ciudad —le había dicho El Cangrejo.

Y eso era lo que tenía pensado hacer antes de encontrarse con Louise en el complejo de la cadena pública DR de Ørestad, para ir a comer con ella a última hora de la mañana.

Tomó el tren en la estación de Bagsvaerd, se bajó en Nørreport e hizo andando el resto del camino hasta la redacción, que ocupaba dos pisos de un edificio en el que había una tienda de antigüedades en la planta baja.

—Eh, *miss Sand* —la saludó Anette con desenvoltura desde la recepción.

Entre los muchos articulistas, editores, fotógrafos, correctores y periodistas de investigación que se quemaban tra-



bajando en una revista tan ambiciosa como *Globalt*, Anette era posiblemente la única presencia constante en la redacción.

Llevaba allí desde que *Globalt* sacó su primer número, y asumió el papel de supermadre para periodistas y redactores. Concertaba sus citas con el dentista, enviaba flores a sus mujeres cuando tenían que dedicar mucho tiempo a algún proyecto, y prestaba sus oídos a preocupaciones grandes y pequeñas sin comadrear.

El Cangrejo no era el único redactor jefe que había propuesto poner su nombre en la mancheta. Sin ella, la revista sencillamente no se publicaría puntualmente cada semana, según afirmaba.

Nora sacó del bolso una cajita de caramelos de regaliz ingleses comprada en el aeropuerto, y la puso sobre el mostrador.

Anette la amenazó con el índice.

—¡Uf! Ya sabes que no los puedo tolerar —dijo con entusiasmo mal disimulado.

La cajita desapareció rápidamente en el cajón superior, donde esperaría la llegada de cualquier emergencia que requiriese algo dulce para el paladar.

—El Cangrejo está en la sala de reuniones, acaba de terminar la reunión del mediodía. Hoy está de buen humor —añadió.

La sala de reuniones estaba oculta detrás de una pequeña cocina, y uno sólo podía llegar hasta ella maniobrando entre dos archivadores y un montón de colecciones de periódicos encuadernados que ya nadie recordaba haber leído.

—¡Vaya, vaya! ¡Pero si está aquí nuestra corresponsal! —dijo El Cangrejo sonriendo, antes de meterse un chicle de nicotina en la boca.

Aquél era un motivo recurrente de broma en la redacción: cierto era que El Cangrejo había dejado de fumar ha-

cía dos años, pero desde entonces cada día había mascado al menos un paquete de chicles de nicotina. Hasta la fecha, el récord estaba en tres chicles a la vez. Sobre la mesa de reuniones, había toda una colección de tazas de café vacías. Una de ellas era la pretenciosa taza de Penguin de la redactora de cultura, Viola Ponte, con una cita de Virginia Woolf, una taza que el redactor de deportes le birlaba a diario, por lo que Viola Ponte se veía obligada a utilizar una y otra vez una taza desportillada del Brøndby Fútbol Club, que nadie quería reconocer haber llevado a la redacción.

La pizarra detrás de El Cangrejo estaba llena de hojas Din A4 en todas las etapas del proceso de publicación, que más tarde se convertirían en las páginas de la revista. Algunas ya tenían texto y fotografías. Otras mostraban un enorme vacío, con sólo unas pocas palabras clave garabateadas a toda prisa.

—Y bien, cuéntame: ¿en qué andas trasteando? —dijo El Cangrejo echándose hacia atrás en su silla, mientras cruzaba las manos detrás de la cabeza.

—Bueno... Tengo algunas ideas. Pete y yo hemos hablado de ir a África durante un mes y recopilar historias. Por ejemplo, podríamos...

—Vale. Pero acabamos de sacar lo de Ruanda —la interrumpió El Cangrejo—. ¿No tienes nada más... cercano?

—¿Oriente Medio? —preguntó Nora, titubeante.

—Hum... —El Cangrejo no parecía muy convencido.

Nora respiró profundamente.

—Está bien. Tengo una historia que podría convertirse en algo bueno. No sé todavía en qué acabará al final, pero... ¿recuerdas las dos chicas que desaparecieron en el ferri de Inglaterra?

El Cangrejo negó con un gesto mientras trataba de encontrar un pequeño resquicio de información en un cerebro acostumbrado a absorber los puntos más delicados de la po-

lítica exterior de Estados Unidos en el *New York Times* y las sutilezas de la Bolsa de Frankfurt.

—No del todo. Ilústreme.

—No sé si sacaré algo, pero me he encontrado con una foto que podría tener alguna conexión con el caso. En su día fue un bombazo. Dos adolescentes que desaparecieron en el ferri a Inglaterra en la década de los ochenta.

—Entiendo. Y no es un poco... ¿histórico? No sé, me suena más para una revista femenina. Justo antes de los crucigramas —dijo con cierto tono de escepticismo.

En ese momento, entró Anette en la sala con una pila de papeles.

—Para firmar. Y si puede ser, un poco más rápido que la última vez —advirtió girando sobre sus talones.

—Anette, tú que estás cerca de la gente... —dijo El Cangrejo con suficiencia.

Anette movió los ojos.

—¿Recuerdas un caso de dos chicas desaparecidas en un ferri en... ¿cuándo dices que fue, Sand?

Antes de que Nora pudiera responder, Anette lo hizo por ella:

—Sí, recuerdo muy bien el caso. Yo era una adolescente, y leía todo lo que caía en mis manos relacionado con el tema. La verdad es que estuve varios años sin atreverme a montar en un ferri.

—Ya veo... ¿Así que te gustaría volver a leer algo sobre el caso?

—Por supuesto —dijo Anette simplemente, y regresó a la recepción, donde ya sonaba el teléfono.

—Bueno...

El Cangrejo se quedó ensimismado, mirando por la ventana.

Nora tosió discretamente.

—Está bien, Sand, vamos a intentarlo. Se sale un poco de nuestro programa, pero vamos a ver qué dirección toma el asunto. Dos semanas. Y no vas a verte relevada del trabajo habitual durante el tiempo que te lleve resolver el misterio. ¿De acuerdo?

—Sí. Gracias. Pero no puedo garantizar que... —comenzó a decir antes de que el móvil de El Cangrejo empezara a zumbar como un marcapasos en el bolsillo de su camisa. Lo cogió y miró la pantalla, sorprendido.

—Vaya... Un número de Rusia. Me parece que tengo que cogerlo —dijo agitando la mano para indicar que la audiencia había terminado.

Hizo una ronda por la redacción. Muchos de sus compañeros ya estaban de vacaciones de verano, pero en el departamento de fotografía encontró a Magnus, enfrascado en la edición de fotos de su reciente viaje a Afganistán. Las fotos de soldados no solían parecerle especialmente atractivas, pero Magnus, que con sólo veinticinco años de edad tenía ya tres premios internacionales a sus espaldas, había vuelto a superarse. Había conseguido captar el miedo en los ojos, el polvo, la desesperanza, el aburrimiento y la ebriedad de la victoria, y lo había congelado en un instante.

Se volvió cuando sintió que alguien miraba por encima de su hombro.

—Ah, hola, Nora —dijo rápidamente, y se volvió de nuevo hacia la pantalla.

—¿Cómo está nuestro archivo de imágenes, Magnus? ¿Se puede acceder a él como periodista?

—Claro. Basta con entrar en la base de datos. ¿Qué necesitas?

—Es un caso de mediados de los años ochenta.

—Pues entonces no lo tenemos en nuestro archivo, cielo. *Globalt* no salió hasta 1998.

Después de una pausa valorativa, que aprovechó para ajustar el contraste de color en un paisaje desértico, dijo:

–Pero puedes probar en ServiceMedia. Han recogido la mayor parte de las fotos de prensa publicadas a lo largo de la historia en medios de comunicación daneses. Puedes usar mi contraseña, si no la vas contando por ahí.

–Gracias –dijo sentándose en el ordenador más cercano.

Primero buscó en Google «desaparición en el ferri de Inglaterra», y rápidamente encontró una serie de artículos en los que se explicaba cómo Lulú Brandt y Lisbeth Mogensen habían desaparecido sin dejar rastro.

Con unos pocos clics aquí y allá, encontró el caso tanto en *Ekstra Bladet* como en *BT*, así como una pequeña serie de artículos en el *Diario de Ringkøbing*, en los que el periodista había hecho un esfuerzo extra poniendo el foco en la institución en la que vivían las niñas: Vestergården, a quince kilómetros de la ciudad. Imprimió las páginas para poder leerlas más tarde con calma.

En primer lugar, anotó de la fecha de su desaparición: el 4 de agosto de 1985, y después entró en la página web de ServiceMedia con la contraseña de Magnus, que resultó ser Hendrix78. No le preguntó, pero él mismo se lo explicó.

–Mi perro –dijo con una sonrisa y señalando una foto de un bóxer baboso que colgaba sobre su escritorio.

Había ocho imágenes del caso. El *Diario de Ringkøbing* tenía tres, que fueron las que primero revisó: una mostraba Vestergården, la segunda un hombretón sonriente con una gran barba al que se describía como «el líder de Vestergården, Kurt Damtoft», y la tercera recordaba vagamente haberla visto antes. Las dos chicas estaban de pie entre un grupo de jóvenes sonrientes en el puerto de Esbjerg, esperando iniciar el viaje de su vida. A Lisbeth parecía molestarle el sol, y sólo entreabría un poco los ojos; junto a un enorme ra-

diocasete estaba la morena Lulú, sonriendo tímidamente hacia la cámara.

Volvió a hacer unos clics para ir a *Ekstra Bladet* y *BT*. Ambos tenían fotos del juicio contra Kurt Damtoft y sus dos colegas. «¡Negligencia grave!», exclamaba el *Ekstra Bladet*. Ambos periódicos traían también fotos de las dos chicas en el puerto, con el ferri de fondo.

«La última imagen tomada de las chicas con vida», era uno de los pies, que también se permitía llegar a la conclusión de que «las bellezas jutlandesas fueron asesinadas y arrojadas al mar».

Nora rebuscó en su bolso y sacó la agenda, entre cuyas páginas había puesto la foto de las dos chicas. La sacó y la estudió de nuevo.

Era evidente que la foto del *Ekstra Bladet* no era la última imagen de las chicas con vida. Alguien había tomado una foto de Lisbeth y Lulú a bordo del ferri, cuando ya no estaban junto a los otros jóvenes de Vestergården. La pregunta era: ¿quién había hecho aquella foto? ¿Y por qué nadie se la había entregado a la prensa cuando la búsqueda de las chicas estaba en todo su esplendor? Y sobre todo, ¿qué hacía en una vieja maleta olvidada en Brine?

A cambio de una taza de café, consiguió que Magnus le escaneara la fotografía en el ordenador. Se la envió a sí misma por correo, e imprimió un par de copias en papel fotográfico. Luego imprimió algunas más de las fotos de grupo, y todo el lote lo puso en el bolso junto con los artículos, antes de volver a la calle para tomar el tren a Ørestad.